

al sacerdocio los Coadjutores habian de ser aprobados por los examinadores del Clero Romano. Declinaba así toda responsabilidad el General, si los aspirantes carecían de inteligencia, ó no habian hecho suficientes estudios. De este modo fueron promovidos al sacerdocio los Hermanos Ambrosi y Michelini, á pesar de todas las repugnancias del General. ¿Fué prudente semejante decisión? no nos atreveremos á afirmarlo: fué muy censurada en el Instituto, porque redobló las pretensiones de los Hermanos discolos, enseñándoles el medio de vencer las resistencias del Superior. Tampoco lo negaremos, porque todos ó casi todos hubieran hallado un Cardenal, un Prelado cualquiera para obtener la autorización del Papa, prescindiendo de la autoridad de su Prelado.

Lejos de calmar las disensiones semejantes incidentes, no hacían más que excitarlas más y más. Los Hermanos estaban más aferrados cada día; todos querían subir un poco más; y cuando lo conseguían, querían pasar siempre adelante, y aun los que eran incapaces para los estudios. «Consiento, escribía José, en que reciban la tonsura los que sean considerados hábiles, pero que jamás piensen en llegar hasta las Ordenes Sagradas, pues lo prohíbe en absoluto el Capítulo General de 1627.» Y añadía el mes siguiente: «Si se empeñan en no quedarse tranquilos los Hermanos Pedro y Lorenzo, yo sabré sujetarlos. Si son capaces de recibir la tonsura, se les concederá.» Pero no hacía concesión alguna. En 17 de diciembre escribía: «Mgr. Floramini me ha pedido en nombre de la madre del Hermano Domingo, pintor, que le mande volver á Nápoles, para que entre en otra Religión, si no se ha de ordenar de sacerdote. Cambiando de orden, podrá ver satisfechos sus deseos.» Y decía también el 14 de junio siguiente: «Trate V. R. de enviar á otro Colegio al Hermano Juan Bautista y á otros: sepárelos, y haga con frecuencia tales cambios, como lo hago yo en Roma.» Como se ve, no era débil José en el gobierno de su Orden; entregado á sí mismo, hubiera vencido aquellas dificultades; todos sus esfuerzos quedaban paralizados ante extrañas ingerencias. Mas no se desalentaba jamás, cuando daba ánimo y valor á otros. ¿Y acaso ignoraba que en todos los tiempos han estado expuestas á semejantes turbulencias todas las Ordenes Religiosas, y precisamente, cuando eran más perfectas, porque las acometía con más fuerza el demonio? Recordaba con frecuencia la conducta del Hermano Elías que llegó á sublevar contra San Francisco á gran número de Superiores; de Santo Domingo que tanto tuvo que sufrir en Tolosa, cuando quiso someter á sus Hermanos á la Santa Pobreza; de San Romualdo que estuvo á punto de ser asesinado por algunos de sus Religiosos, sucediendo lo mismo á Ssn Benito en Subiaco. En todas las reuniones algo numerosas hay siempre individuos de malas entrañas, y cuya fuerza consiste en la debilidad de los demás.

No faltaban á nuestro Santo pruebas de otro género. Con la

edad aumentaban las enfermedades del cuerpo; en algunas casas no sólo reinaba la pobreza más estricta, encontrábanse á veces en la indigencia más extrema; eran también numerosos los enfermos: de modo que á la vez cargaban sobre él todas las penas. En 15 de julio de 1634, desahogábase nuestro Santo, abriendo su corazón á uno de sus Religiosos. «Cuando está para »terminar una tribulación, aparece inmediatamente otra, pero »espero vencerlas todas con la gracia de Dios. Los pobres comen lo que pueden, los ricos lo que quieren. Que el Señor nos »conceda su gracia; espero que con su auxilio podremos triunfar de todas las contradicciones del enemigo que trabaja incansable para llevar la turbación al alma de los Religiosos. Al fin »de la oración haga decir V. R. una Ave Maria á la Santísima »Virgen que es Madre de Misericordias.»

Entre tanto, no negaba el Señor grandes compensaciones á su siervo: crecía en su alma la santidad con todo el cortejo de consuelos, de felicidad y de paz que lleva siempre consigo. En su Instituto habia más fervor que nunca. Se observaban exactamente la Regla, la humildad, la penitencia y el celo por la santificación de sus innumerables estudiantes. Todo el mal salía de aquellos desgraciados Hermanos Conversos ó Coadjutores. Se habia cometido la falta de hacerles jugar cierto papel; y siempre y donde quiera que se haga lo mismo, se tendrán los mismos resultados. Mejor hubiera sido que se hubiera compuesto la Orden de solos Hermanos, como más tarde lo hizo San Juan Bautista de la Salle, que confundir dos cosas enteramente incompatibles. No deben cooperar los Conversos al bien de un Instituto, sino desempeñando los oficios domésticos: no carece de encantos su ocupación, es la de las Santas Mujeres que atendían á las necesidades del Colegio Apostólico. Colocarlos sobre el nivel de su nacimiento, de su educación, de su instrucción, es excitar los celos y todas las malas pasiones del humano corazón. No se desalentaba nunca José: leía en lo porvenir, conocía las tempestades que le amenazaban; pero sabía también que su Orden renacería más brillante que nunca para continuar su misión en la Iglesia. A ejemplo de su Divina Protectora, saboreaba todos los dolores del Calvario, con la certidumbre de la resurrección al tercer día. Por eso, aunque hagan más larga esta historia las cartas de nuestro Santo, nos agrada más dejarlo que hable él mismo: se revelará de esta manera el fondo de su alma, pues no es capaz el historiador de presentarla á sus lectores con la claridad que más puede convenirle. Todas estas cartas se conservan en Roma, en la habitación del Santo, convertida en Capilla, formando muchos volúmenes en folio, y sólo podemos dar algunos extractos. Decía en 16 de septiembre de 1634: «Demos gracias »al Señor, porque ha querido establecer el Instituto de las Escuelas Pías en medio de contradicciones semejantes. Que nos »dé paciencia y gracia para vencer todas las dificultades, como »espero que nos las dará no cesando de bendecirnos.» Y decía

también algunos días después: «En cuanto á los enfermos, sabe >bien nuestro Señor cuánto padezco con sus dolores. Dios quiere probar á V. R., como probó á San Mauro, cuando fué á Francia: espero que sabrá llevar esta prueba.»

Comenzó el contagio de los Coadjutores á llegar á los mismos Padres. Entre los tentados para volver á su casa, estaba el Padre Tomás Carretti que tanto se había distinguido por su amor á la Santísima Virgen. Conociendo San José que todo aquello era ilusión del demonio, hizo cuanto pudo para retenerlo, y le permitió que consultase á un hábil confesor de otra Orden. Era grave imprudencia, pues no es fácil que un Religioso extraño conozca bastante el espíritu de una Sociedad diferente de la suya, y que tenga desinterés suficiente para un prudente consejo. No han dejado de arrepentirse cuantos lo han hecho, y no está lejos de abandonar su vocación el Religioso que ha perdido la confianza en sus Hermanos. A fines de octubre de 1634 cayó enfermo aquel buen padre: agravándose la enfermedad, le propusieron el 7 de noviembre que recibiera los últimos sacramentos, y como pedía á aquel Religioso extraño, se le envió á buscar inmediatamente. Permitted Dios que estuviera ocupado, ó que se olvidase, pues, á pesar de haber prometido que iba al momento, no lo hizo sino en la mañana siguiente. Había sin duda aconsejado mal á su penitente, pues encontrándose con el General en San Pantaleón, le dijo: «Padre mío, permita usted >al enfermo que vuelva á su casa.—Ya está en camino, le con- >testó el Santo, suba usted, y verá como marcha.» Subió el Religioso, y encontró al enfermo sin conocimiento, y después de esperar inútilmente un rato, se volvió á su Convento. Viéndole José abandonado y á punto de comparecer ante el tribunal de Dios sin haber podido reconocer su ilusión, se puso á orar; y levantándose, llamó al moribundo por su nombre, y le dijo que se confesase. «Me confesaré, Padre mío» contestó el enfermo saliendo de su letargo. Se confesó con el P. García, recibió los últimos Sacramentos con señales de extraordinario fervor, y murió un cuarto de hora más tarde. No había permitido Dios que pereciera un amante de Maria. Poco después escribía José: «El medio de llegar á ser sabio y prudente en la escuela de la >vida interior, es aparecer loco á los ojos de los hombres, y de- >jarse conducir como un asnillo—*come un asinello*.—Esta es la >verdadera doctrina. Pero como es opuesta á nuestro juicio y >á la prudencia humana, la siguen muy pocos. De esta manera >se cumplen las palabras de nuestro Señor Jesucristo: ¡Estre- >cho es el camino que conduce á la vida, y pocos saben encon- >trararlo!

Más que con las palabras predicaba José con el ejemplo. Ante la separación de gran número de sus hijos, cuando eran innumerables las peticiones de nuevas Escuelas, era admirable su serenidad y perfecta su tranquilidad, consolado por otra parte con el extraordinario fervor de sus Religiosos fieles, y

con los testimonios de su conducta que de todas partes recibía, sobre todo de Alemania, á donde parece que no habían llegado aquellas tempestades. No podremos pasar en silencio más tarde el antagonismo que existió entre las Escuelas Pías y la ilustre Compañía de Jesús: por eso con gusto citamos el principio de una carta del célebre Jesuita Francisco Pavoni. Está fechada en Nápoles en 1634. «Lleno de confianza en la bondad de vuest- >ra Paternidad Reverendísima, y en el celo ardiente que ma- >nifiesta en provecho de la Santa Iglesia, me permito dirigirle >esta carta por la sangre de Nuestro Señor Jesucristo. Grande- >mente he deseado toda mi vida que para la reforma de la >Iglesia hubiera en toda la cristiandad santos Maestros, y que >en este punto vigilasen mucho los Príncipes, tanto seculares >como eclesiásticos, porque depende de la buena educación de >los niños la reforma de las costumbres del pueblo. He sido in- >cansable escribiendo instrucciones para los profesores, reunién- >dolos para hablarles de esta materia, procurando que aceptasen >mis proyectos los Obispos y el Virrey, y nada he conseguido. >Grande ha sido mi consuelo, cuando he visto que ha suscitado >Dios en su Iglesia la Santa Religión de las Escuelas Pías, que >deseo se extiendan por toda la cristiandad.»

Formados en la Escuela de José sus hijos fieles, que eran los más numerosos, confiaban más en Dios, cuando todo lo veían perdido. A su vez, no dejaba de trabajar el General para llevar la paz á todas partes, no sólo conduciendo á los súbditos por el camino de la humildad, sino estimulando también á los Superiores para que hicieran lo mismo con sus subordinados. El 21 de julio de 1635, trazaba al P. Alacchi, Provincial, esta admirable línea de conducta. «Deben ser conducidos los Reli- >giosos á la sumisión voluntaria que han profesado ó han de >profesar como hombres razonables que se dejan convencer por >la verdad manifestada con paternal amor, mejor que con pa- >labras duras y amenazadoras. Es gran arte saber llevar las >almas con toda suavidad al servicio de Dios. Debe el Superior >ser superior á los demás en la paciencia, en la caridad, en la >humildad y en todas las demás virtudes. Ha de compadecerse >de sus súbditos, cuando cometen alguna falta, corrigiéndolos >con amor. En una palabra, si quiere el Superior que le ayuden >y obedezcan los inferiores, es necesario que los inferiores vean >claramente en el Superior un amor paternal.»

El 24 de octubre de 1635 escribía á su fiel P. García: «Co- >munico á V. R. que muchos de los nuestros se hallan en las >más tristes disposiciones: no pueden ir peor las cosas, y sólo >de la mano de Dios espero el remedio. En cuanto al P. Felipe, >dígale V. R. que le mando que vaya al Noviciado á hacer los >ejercicios espirituales del retiro para que por la oración ob- >tenga de Dios la gracia de conocer su gran orgullo que hasta >la fecha ha estado tan oculto para él. Si le impide ese orgullo >hacer una cosa tan fácil, tan santa y tan necesaria, ¿qué será,

»si le impongo la gravísima penitencia que merece? Bien conocidos le son los ejemplos de santos personajes que felizmente hicieron grandes mortificaciones y cumplieron penitencias, siendo sin embargo muy humildes, muy buenos y el modelo de todos. ¿Y podrá negarse él á someterse á una cosa de tan excepcional importancia? Efecto será del orgullo que tan oculto tiene y que no quiere confesar.»

Entre tanto, viendo los Religiosos díscolos la imposibilidad de vencer la inquebrantable resolución de su General, y no estando al alcance de todos el medio empleado por los Hermanos Ambrosi y Michelini para llegar al sacerdocio, cambiaron de táctica, y afirmaron que era nula su profesión. Era aquel un punto capital, porque, si llegaban á probarlo, era nulo también el compromiso contraído de jamás aspirar á las Sagradas Ordenes: se apoyaban en lo siguiente.

El Papa Clemente VIII, decían, en su Constitución confirmada por el Papa reinante Urbano VIII, determinó que se pasase el Noviciado en las casas señaladas por la Santa Sede. Pero nosotros hemos hecho el Noviciado en las casas que ha señalado solamente el P. General, luego nuestra profesión es nula. Parecía que el argumento no carecía de fuerza, pero, desgraciadamente para ellos, era falsa la mayor. Porque, habiendo presentado el caso el P. General á la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, declaró ésta que la Constitución de Clemente VIII no indicaba ningún lugar en particular para hacer el Noviciado, y que Urbano VIII no había hecho más que aprobar las decisiones de su predecesor sin añadir nada. Era un pretexto del Hermano Tomás para hacer que se declarase la nulidad de los Votos. No contentándose San José con aquella interpretación, presentó unas preces al Soberano Pontífice que, por su Breve especial de 17 de noviembre de 1634, declaró que no alcanzaban á los Religiosos de las Escuelas Pias los Decretos de Clemente VIII, renovados y aprobados por él. Después de tan solemne resolución, parecía terminado aquel negocio; pero se renovó con frecuencia en los años siguientes.

Conociendo lo porvenir, no dejaba José de amar con predilección y de colmar de beneficios á los que habían de cebarse después en él. «La perfección de la virtud, decía, consiste en soportar con paciencia las calumnias y los ultrajes que nos vienen de aquellos á quienes hemos hecho bien, y en hacerles más bien todavía por amor de Dios. Este es el fin que debemos proponernos. Meditando sin cesar en la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, nos parecerán ligeras todas las mortificaciones, y lejos de escapar de ellas, las iremos buscando: ¡Ah! ¡de qué bien tan grande nos priva nuestro amor propio!»



CAPITULO XIX

SEGUNDO CAPÍTULO GENERAL

1637-1640

Los Religiosos que estaban cansados de los rigores de la observancia, cambiaron de batería, y pidieron una Visita Apostólica para poder manifestar sus quejas. Más que nadie la deseaba José. «En cuanto á la Visita Apostólica, escribía, la he pedido dos ó tres veces al Cardenal Vicario. La tendremos, me lo ha prometido, pero será para confusión de los Religiosos relajados que tanto ruido meten.» Y decía también á sus más fervorosos discípulos: Hijos míos, rogad por mí, para que me dé paciencia el Señor para soportar tantas tribulaciones. Es necesario que sea muy perseguido. San Francisco tuvo un Fr. Elías; yo tendré muchos.» La octava Dominica después de Pentecostés, cuando hacía á los suyos la conferencia ordinaria sobre el Evangelio del día, quiso fortalecerlos contra las tentaciones del escándalo, que no habían de escasear para sus Religiosos, y glosó estas palabras: *Da cuenta de tu mayordomía.* Aplicóselas á sí mismo, y profetizando sobre los padecimientos y la supresión de su Orden, dijo que estaría contento, si por sus faltas, por medio de su Vicario, hacía Dios que *fuese conducido al tribunal del Santo Oficio, y privado de su cargo de General.* Pero que estaba bien contristado viendo el desorden y la destrucción que habían de llevar á su Sociedad tantas persecuciones como no podían imaginarse entonces. Era una profecía de los acontecimientos que se desarrollaron algunos años más tarde.

El Soberano Pontífice, obispo de Roma, tiene la costumbre de hacer en ciertas épocas la Visita Apostólica á todas las Iglesias, Ordenes Religiosas y Congregaciones de la Ciudad Santa. De esta manera está al corriente de todo el bien que se hace, de los abusos que se deben reformar, y de las medidas que deben tomarse. Esta visita se confía á algunos Prelados elegidos por él mismo, y designados entre los más hábiles y piadosos, bajo la Presidencia del